

Chrétien de Troyes

El Caballero de la Carreta

Prólogo y traducción
de Luis Alberto de Cuenca
y Carlos García Gual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Le Chevalier à la Charrette*

Primera edición: 1983

Tercera edición: 2013

Sexta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Torneo de caballeros (detalle de una miniatura de *Lancelot du Lac*, manuscrito francés del siglo XIV)

© Album / DEA / J. E. BULLOZ

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo y la traducción: Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7877-1

Depósito legal: M. 29.232-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo
- 13 Nota de los traductores
- 14 Nota bibliográfica
- 17 El Caballero de la Carreta

Prólogo

Al invadir, en 1066, la Inglaterra sajona, los normandos buscaron en los mitos de la vieja Britania la legitimación de su poder. Así resurgió de las brumas célticas la figura de Arturo, con quien Enrique II Plantagenet (1133-1189) se identificaría con intenciones claramente propagandísticas. Sería un clérigo galés, Geoffrey de Monmouth (c. 1100-c. 1155), el encargado de magnificar al personaje, actuando sobre los detritus folclóricos de la mitología británica, en su famosa *Historia regum Britanniae* (1136). La *Historia* latina de Geoffrey se tradujo pronto al francés (por un normando llamado Wace) y al inglés (por Layamon). El rey Arturo iniciaba así su andadura por las letras europeas.

Fue en la literatura francesa donde el árbol artúrico daría sus frutos más tempranos y, acaso, los más valiosos desde el punto de vista de la belleza literaria. En la segunda mitad del siglo XII escribe Chrétien sus *romans*.

Más tarde, entre 1215 y 1230, se compone la gran suma novelesca francesa del ciclo de *Lanzarote en prosa* o *Vulgata artúrica*, enorme novela-río en la que se recopilan las aventuras de Arturo y de sus caballeros a lo largo de cientos y cientos de páginas. Obra de varios autores, la *Vulgata* presenta tres secciones fundamentales: el *Lancelot* propiamente dicho, *La búsqueda del Santo Grial* y *La muerte de Arturo*. En la vasta composición se incorporan, dentro de un esquema muy ambicioso, todas las peripecias y destinos de los caballeros de la Tabla Redonda, desde el orto del reino de Arturo hasta su crepúsculo trágico.

En Inglaterra, Sir Thomas Malory refundió el ciclo en prosa en *Le Morte d'Arthur*, redactada hacia 1470. Mucho antes, el rey Arturo había aparecido en varios de los *Mabinogion* galeses, parcialmente influidos por Chrétien. En Alemania, Wolfram de Eschenbach compondría, a comienzos del siglo XIII, su caudaloso *Parsifal*.

Sobre la falsa lápida de la apócrifa tumba del rey Arturo en Avalon puede leerse la siguiente inscripción en verso: *Hic iacet Arthurus, rex quondam rexque futurus* («Aquí yace Arturo; fue rey otrora y lo será en el futuro»). Un mundo mítico, en efecto, tan admirablemente coherente como el artúrico no podrá verse nunca relegado al olvido. La llamada *Materia de Britania*, como la mitología grecorromana, es y será algo vivo en nuestra tradición literaria, mientras la cultura occidental conserve un mínimo de salud y prestigio. La aventura del héroe y el vértigo estético de la maravilla conforman en la materia artúrica un modelo literario para la eternidad. Pero la verdadera personalidad del arturismo procede tanto del

elemento fabuloso de raíces célticas como del universo *courtois* o «cortés» en que Chrétien de Troyes lo inscribe.

Nació Chrétien hacia 1135. Sirvió al conde de Champagne y a su esposa María, hija de Luis VII de Francia y Leonor de Aquitania y gran aficionada a las letras. Después pasó a la corte de Felipe de Alsacia, conde de Flandes, rival de su primer protector. Murió hacia 1190.

Si exceptuamos unas juveniles adaptaciones de Ovidio y un *Tristán* (c. 1160) hoy perdido, Chrétien inauguró su producción literaria con *Erec y Enid*, primer *roman courtois* de la literatura francesa, una mezcla de amores, caballerías, aventuras y maravillas. Su segunda novela, *Cligés*, tiene complicaciones argumentales que la emparentan con la narrativa bizantina. Entre 1177 y 1181 compuso sus dos obras más depuradas: *El Caballero de la Carreta* e *Yvain o El Caballero del León*. El tema de la primera le fue sugerido por María de Champagne; a partir del momento en que los sicarios de Meleagante encierran a Lanzarote en la torre junto al mar (verso 6150) es Godofredo de Leigni, un discípulo de Chrétien, quien empuña la pluma para concluir el *roman*; se ignoran las razones por las que nuestro autor no lo terminó. En cuanto a *Caballero del León*, no tiene nada que envidiarle a su homónimo de la carreta en pulcritud de estilo y rigor de construcción. *Perceval o El cuento del Grial* es un texto enigmático y, por muchos conceptos, fascinante; Chrétien lo dejó inacabado al morir. Suyo es tal vez, también, un *Guillermo de Inglaterra* cuya autoría se ha discutido durante mucho tiempo.

Junto a María de Francia, autora de los célebres *Lais*, Chrétien de Troyes representa el cenit de las letras fran-

cesas de su época. Su habilidad como narrador y la delicadeza y finura de sus análisis psicológicos lo convierten en precursor indiscutible de la novela moderna.

Luis Alberto de Cuenca

Carlos García Gual

Madrid, julio de 2013

Nota de los traductores

Hemos seguido en nuestra traducción el texto fijado por Mario Roques sobre la copia del escriba Guiot (manuscrito fr. 794 de la Biblioteca Nacional de París). La edición que hemos manejado (París, Champion, núm. 86 de los *Classiques Français du Moyen Âge*) es una reimpresión de 1972. También nos ha sido útil la versión de Jean Frappier al francés moderno (París, Champion), de la que hemos tenido delante la segunda edición revisada de 1971. La traducción de Frappier es muy correcta en cuanto al contenido, pero excesivamente «moderna» en cuanto a la forma. Nosotros hemos preferido conservar íntegro a Chrétien, incluso en sus monotonías. De cualquier forma, Frappier nos ha dado la clave en algunos pasajes especialmente complicados, y a veces (verso 4232, por ejemplo) hemos optado por traducir siguiendo el texto que él aconseja (en pp. 19-25 anota cuidadosamente sus divergencias con la copia de Guiot, remitiendo casi siempre a las lecturas de Wendelin Foerster en su edición de *El Caballero de la Carreta*: Halle, Max Niemeyer, 1899). Existe otra versión al francés moderno de esta novela, la de Fourrier, difundida en la edición de «Le Livre de Poche» (1970) y reimpresa en la colección «Folio» (1975), traducción recortada y libérrima que no hemos tenido en cuenta. Para facilidad del lector interesado en cotejar nuestra versión con el texto original, hemos numerado marginalmente cada cincuenta versos, según la numeración de Roques en la edición anteriormente citada.

Nota bibliográfica

Entre los libros de conjunto, citaremos: G. Cohen, *La vida literaria en la Edad Media. La literatura francesa del siglo IX al XIV* (México, Fondo de Cultura Económica, 1958, reimpr. 1977); el ensayo de E. Köhler *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik* (2.^a ed., 1970), traducido al francés como *L'aventure chevaleresque. Idéal et réalité dans le roman courtois* (trad. fr. de E. Kaufholz y prólogo de J. Le Goff, París, Gallimard, 1974); E. Reiss, L. H. Reiss y B. Taylor, *Arthurian Legend and Literature. An Annotated Bibliography. I. The Middle Ages* (Nueva York-Londres, Garland, 1984); C. García Gual, *Primeras novelas europeas* (Madrid, Istmo, 1974) e *Historia del rey Arturo y de sus nobles y errantes caballeros* (Madrid, Alianza Editorial, 1983 y 2003); C. Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica* (Madrid, Alianza Editorial, 1991); N. J. Lacy (ed.), *The New Arthurian Encyclopedia* (Nueva York-Londres, Garland, 1995); M. Mancini, *La letteratura francese medievale* (Bologna, Il Mulino, 1997).

Entre las monografías, mencionaremos: G. Cohen, *Un grand romancier d'amour et d'aventure: Chrétien de Troyes* (París, Hatier-Boivin, 1931); J. Frappier, *Chrétien de Troyes* (París, Hatier, 1968); L. T. Topsfield, *Chrétien de Troyes. A Study in the Arthurian Romances* (Cambridge, University Press, 1981); Baumgartner, E., *Chrétien de Troyes. Yvain, Lancelot, la charette et le lion* (París, PUF, 1992).

Perceval o El Cuento del Grial ha sido traducido al castellano por A. Cerezales (Madrid, Magisterio Español, 1979), M. de Riquer (Madrid, Siruela, 1989) y C. Alvar (Madrid, Alianza Editorial, 1999); de *Erec y Enid* hay traducción española re-

visada a cargo de C. Alvar, V. Cirlot y A. Rossell (Madrid, Alianza Editorial, 2011); de *Yvain o El Caballero del León* existe versión en nuestra lengua a cargo de I. de Riquer (Madrid, Alianza Editorial, 1988 y 2000); J. Rubio Tovar es el autor de la versión española de *Cligés* (Madrid, Alianza Editorial, 1993), y M.-J. Lemarchand se ha encargado de trasladar al castellano el dudoso *Guillermo de Inglaterra* (Madrid, Alianza Editorial, 1997). La presente traducción de *El Caballero de la Carreta* se publicó por vez primera como volumen 43 de la colección «Maldoror», con largo estudio preliminar (Barcelona, Labor, 1976).

L. A. de C.

C. G. G.

Madrid, julio de 2013

El Caballero de la Carreta

Ya que mi señora de Champaña quiere que emprenda una narración novelesca, lo intentaré con mucho gusto; como quien es enteramente suyo para cuanto pueda hacer en este mundo. Sin que esto sea un pretexto de adulación. En verdad que algún otro podría hacerlo, quien quisiera halagarla, y decir así –y yo podría confirmarlo– que es la dama que aventaja a todas las de este tiempo; tanto como el céfiro sobrepasa a todos los vientos que soplan en mayo o en abril. ¡Por mi fe, que no soy yo el que desea adular a su dama! ¿Voy a decir: «Tantos carbunclos y jaspes vale un diamante como reinas vale la condesa»? No, en verdad. Nada de eso diré, por más que, a pesar de mi silencio, sea cierto. Sin embargo, voy a decir simplemente que en esta obra actúan más sus requerimientos que mi talento y mi esfuerzo.

Empieza Chrétien su libro sobre *El Caballero de la Carreta*. Temática y sentido se los brinda y ofrece la con-

desa; y él cuida de exponerlos, que no pone otra cosa más que su trabajo y su atención.

Así que en una fiesta de la Ascensión había reunido el rey Arturo su corte, tan rica y hermosa como le gustaba, tan espléndida como a un rey convenía. Después de la comida quedose el rey entre sus compañeros. En la sala había muchos nobles barones, y con ellos también estaba la reina. Además había, a lo que me parece, muchas damas bellas y corteses que hablaban con refinamiento la lengua francesa.

En tanto Keu, que había dirigido el servicio de las mesas, comía con los condestables. Mientras Keu estaba sentado ante su comida, he aquí que se presentó un caballero ante la corte, muy pertrechado para el combate, vestido con todas sus armas. El caballero con tales arreos se llegó ante el rey, adonde estaba Arturo sentado entre sus barones, y, sin saludarle, así dijo:

—¡Rey Arturo, retengo en mi prisión a caballeros, damas y doncellas de tu tierra y tu mesnada! Pero no te digo tales nuevas porque piense devolvértelos. Por el contrario, te quiero advertir y hacer saber que no tienes poder ni haberes con los que puedas recobrarlos. ¡Sábette bien que morirás sin poderlos ayudar!

El rey responde que se resignará a sufrir, si no puede remediarlo; pero muy fuerte le pesa tal penar.

Entonces el caballero hace ademán de querer partir. Se da la vuelta, sin detenerse ante el rey, y viene hasta la puerta de la sala. Pero no traspone los peldaños. Se detiene de pronto y dice desde allí:

—Rey, si en tu corte hay caballero, siquiera uno, en quien fiaras a tal punto de atreverte a confiarle a la reina

para conducirla en pos de mí, a ese bosque, adonde yo me dirijo, allí lo aguardaré con la promesa de devolverte todos los prisioneros que están en cautividad en mi tierra; con tal que pueda defenderla frente a mí y reconducirla aquí por su propio mérito.

Esto oyó todo el palacio, y toda la corte quedose pasmada y conmovida.

La noticia llegó a oídos de Keu, que estaba comiendo con los mayordomos. Deja su yantar y acude con premura junto al rey y comienza a decirle con aspecto airado:

–Rey, te he servido bien, con clara fidelidad y lealmente. Ahora me despido y voy a irme, así que no te serviré más. No tengo deseo ni intención de servirte de ahora en adelante.

Apenose el rey de lo que sucedía y, en cuanto se repuso para contestarle, le dijo bruscamente:

–¿Es eso verdad o chanza?

Y Keu responde:

–Buen señor rey, no me dedico ahora a las chanzas. Bien cierto es que en seguida me despido. De vos no pretendo más recompensas ni soldadas por mi servicio. ¡He tomado la decisión de irme sin demora!

–¿Es por ira o por despecho –pregunta el rey– por lo que os queréis marchar? ¡Senescal, quedaos en la corte, en vuestro puesto habitual! Y sabed bien que no tengo nada en el mundo que no os dé sin reparos para manteneros aquí.

–Señor –dice él–, no os esforcéis. No aceptaría, ni que me regalarais un bolsillo de oro puro al día.

Ya quedó el rey muy desesperado; y así acudió a la reina:

—Señora —le dijo—, ¿sabéis lo que el senescal me reclama? Pide licencia para despedirse y afirma que no volverá a la corte jamás; no sé por qué. Lo que no quiere hacer por mí lo hará pronto por vuestra súplica. Id a él, mi querida dama. Ya que no se digna quedarse por mí, rogadle que permanezca por vos. Y caed a sus pies, si es preciso; que, si pierdo su compañía, jamás estaré alegre.

El rey envía a la reina al senescal, y ella va. Con su acompañamiento lo encontró; y, apenas llega ante él, así habla:

—Keu, gran pena he recibido, sabedlo con certeza, de lo que he oído decir de vos. Me han contado, y eso me pesa, que os queréis partir lejos del rey. ¿Qué os impulsa a ello?, ¿qué sentimiento? No me parece propio de un hombre sabio ni cortés, como yo suelo consideraros. Quiero rogaros que os quedéis. ¡Keu, quedaos, os lo suplico!

—Señora —él dice—, con vuestra venia; pero no voy a quedarme de ningún modo.

Y la reina aún más suplica, y todos los caballeros a coro; pero Keu contesta que se fatigan por algo que es en vano. Y la reina, con toda su altura, se echa a sus pies. Keu le ruega que se levante; pero ella afirma que no lo

hará. No se levantará hasta que él otorgue su petición. Entonces Keu le ha prometido que se quedará, con tal que el rey le otorgue de antemano lo que va a pedir, y ella misma haga otro tanto.

—Keu —responde la reina—, lo que sea, él y yo lo concedemos. Ahora venid, que le diremos que os habéis contentado así.

Con la reina vase Keu y así llegan ante el rey.

–Señor, he retenido a Keu –dice la reina– con gran esfuerzo. Os lo traigo con la promesa de que haréis lo que os pida.

El rey suspiró de alegría, y promete que cumplirá su petición, cualquiera que sea.

–Señor, sabed, pues, lo que exijo y cuál es el don que me habéis asegurado. Por muy afortunado me tendré cuando lo obtenga por vuestra gracia.

»Me habéis otorgado la custodia y defensa de la reina que aquí está; así que iremos tras el caballero que nos aguarda en el bosque.

Al rey le entristece su promesa. Pero la confirma, y a su pesar no se desdice de ella; pero lo hace con amargura y tristeza, como se muestra bien en su rostro.

Mucho se apesadumbró la reina; y todos comentan en el palacio que orgullo, exceso y sinrazón había sido la petición de Keu. Tomó el rey a la reina de la mano y así le dijo:

–Señora, sin protestas conviene que marchéis.

Y Keu contestó:

–¡Bien, dejadla a mi cuidado! ¡Y no temáis nada más, que la volveré a traer muy bien sana y salva!

El rey se la confía y él se la lleva. En seguimiento de los dos salieron todos; y nadie estaba exento de preocupación.

Sabed que pronto el senescal estuvo completamente armado, y su caballo fue conducido al centro del patio. A su lado estaba un palafrén, que no era indócil ni remolón, sino como conviene a la montura de una reina. Ésta llega a su palafrén, mortecina, doliente y suspirosa; lo monta mientras dice por lo bajo, para no ser oída:

—¡Ah, rey, si lo supierais, creo que no permitiríais que Keu me alejara ni un solo paso!

Creyó haberlo murmurado muy bajo; pero la oyó el conde Guinable, que muy cerca estaba de su montura.

A su marcha tan gran duelo hicieron todos aquellos y aquellas que la presenciaron, como si se partiera muerta sobre el ataúd. Pensaba que no regresaría jamás en vida. El senescal, en su desmesura, se la lleva adonde el otro los aguarda. Pero nadie se angustió tanto que intentara su persecución.

Hasta que, al fin, mi señor Galván dice al rey su tío, en confidencia:

—Señor —dice—, muy grande niñería habéis hecho, y mucho me maravillo de eso. Mas, si aceptáis mi consejo, mientras aún están cerca, podríamos salir tras ellos vos y yo, y aquellos que quieran acompañaros. Yo no podría contenerme por más tiempo sin salir en pos de ellos. No sería digno que no les siguiéramos, al menos hasta saber lo que le acontecerá a la reina y cómo Keu se comportará.

—Vayamos, pues, buen sobrino —dijo el rey—. Muy bien habéis hablado como noble cortés. Y ya que habéis tomado el asunto a vuestro cargo, mandad que saquen los caballos, y que les pongan sus frenos y monturas, para que no quede sino cabalgar.

Ya han traído los caballos; ya están aparejados y ensillados. El rey es el primero en montar, y luego montó mi señor Galván, y todos los demás a porfía. Todos quieren ser de la compañía, y cada uno va a su guisa. Unos estaban armados, y muchos otros sin armadura. Pero mi señor Galván iba bien armado, e hizo que dos escuderos le trajeran dos corceles de batalla.

Así que se aproximaron al bosque, vieron salir al caballo de Keu, y lo reconocieron. Vieron que las riendas de la brida habían sido rotas por ambos lados. El caballo venía sin caballero. La estribera traía teñida de sangre, y el arzón de la silla por detrás colgaba desgarrado y en pedazos.

Todos se quedaron angustiados; y unos a otros se hacían señas con guiños y golpes de codo.

Bien lejos en delantera a lo largo del camino cabalgaba mi señor Galván. Sin mucho tardar, vio a un caballero que avanzaba al paso sobre un caballo renqueante y fatigado, jadeante y cubierto de sudor. El caballero fue el primero en saludar a mi señor Galván; y éste le contestó luego. El caballero se detuvo al reconocer a mi señor Galván, y le dijo:

–Señor, bien veis cómo está cubierto de sudor y tan derrengado que de nada me sirve. Me parece que esos dos corceles son vuestros. Así que querría pedirlos, con la promesa de devolveros el servicio y galardón, que vos en préstamo o como don me dejéis uno, el que sea.

–Escoged, pues, entre los dos el que más os plazca, –contestó.

El otro, como que estaba en gran necesidad, no fue a escoger el mejor, ni el más hermoso ni el más grande, sino que montó al punto el que encontró más cerca de él. Pronto lo ha lanzado al galope. Mientras, caía muerto el que había dejado, pues demasiado lo había en aquella jornada fatigado y abusado.

El caballero sin ningún respiro se va armado a través del bosque. Y mi señor Galván detrás lo sigue y le da caza con ahínco cuando ya había traspasado una colina.